

¿Una guerra fratricida en Israel?

Abraham B. Yehoshua, escritor israelí, inspirador del movimiento *Paz Ahora* (LA VANGUARDIA, 10/10/04).

Durante las últimas semanas una nueva idea está empezando a extenderse entre la opinión pública israelí: la idea de una guerra fratricida o, según otra formulación parecida aunque diferente, una guerra civil.

Todo gira por supuesto en torno a la cuestión del plan de retirada unilateral israelí de los territorios palestinos y que incluye el desmantelamiento de diecisiete asentamientos de colonos en Gaza, en Samaria y en el norte del país, en los que viven unas siete mil personas. El término guerra fratricida o guerra civil lo emplean ambos lados, cada uno a su manera y cuando le conviene. Entre los sectores de la izquierda y el centro se habla de que tal vez la extrema derecha y los colonos se opongan al plan utilizando la violencia y eso acabe en una guerra civil. Mientras tanto, la derecha y los colonos, si bien dicen con la boca pequeña que ellos no piensan disparar contra los soldados israelíes que se ocupen de la evacuación de los asentamientos, hablan de una oposición pasiva y violenta que implica: no respetar los puestos de control militar, llamar a los soldados a negarse a participar en el desmantelamiento y por supuesto hacer convocatorias masivas que impidan con su presencia la evacuación. Por tanto, aunque aparentemente no sea eso lo que desee la derecha, el caso es que el propio desmantelamiento llevará inevitablemente a una guerra fratricida, así que en opinión de la derecha lo mejor sería no llevarlo a cabo.

En primer lugar, quisiera destacar la carga traumática que tiene en la memoria del pueblo judío la idea de guerra fratricida, ya que siempre está vinculada a la destrucción del Segundo Templo y la consiguiente pérdida del pequeño resto de soberanía de que gozaban los judíos hace unos dos mil años.

Como es sabido, la gran revuelta de los judíos contra los romanos en el siglo I de la era cristiana (años sesenta, principalmente) conllevó una auténtica división entre los judíos. Muchísimos fueron los que se opusieron a la revuelta pues creían -y con mucha razón- que no tenían posibilidades de éxito.

En cambio, los zelotes, es decir, los grupos radicales religiosos y nacionalistas impusieron al resto la rebelión y acabaron atacando a todo aquel que se opusiera a ella. Y por eso, mientras se luchaba contra los romanos y se producía el asedio a Jerusalén, dentro de la ciudad había fuertes luchas entre grupos diferentes, primero entre los zelotes y los moderados y después, como ocurre a menudo, entre facciones distintas dentro de los propios zelotes.

Por ese motivo, en la conciencia del pueblo judío no se considera que la pérdida del último resto de soberanía se debiera al fracaso de la revuelta contra el poderoso ejército romano, sino a aquella guerra fratricida. Se dice: "Jerusalén fue devastada por un odio gratuito"; es decir, si el pueblo se hubiese mantenido unido, tal vez (lo cual tampoco es nada seguro) la revuelta judía contra los romanos habría triunfado y no se habría destruido el Segundo Templo ni se hubiera perdido la soberanía.

De ahí el gran miedo que provoca la idea de una guerra fratricida, especialmente cuando hay un enemigo a las puertas. Y es que los judíos siempre han tenido y tienen enemigos. Eso es ya parte esencial en su paso por la historia.

Lógicamente, durante la diáspora era imposible que se diera una guerra fratricida, ya que los judíos carecían de poder y armas y estaban en manos de los no judíos. El judío estaba sujeto a un

gobierno no judío, no había ningún gobierno judío que le mandase, por tanto no podía rebelarse contra otro judío. Y de esa manera, el propio hecho de la diáspora evitó enfrentamientos violentos entre ellos. Sus disputas quedaban siempre dentro del ámbito de la palabra. Sin embargo, cuando hace unos ciento veinte años, los judíos empezaron a establecer en Palestina pequeñas parcelas de poder autónomo, comenzó a planear de nuevo la amenaza de una guerra fratricida.

A favor de la historia del sionismo hay que decir que, pese a las importantes diferencias entre judíos que venían de todos los puntos del mundo, pese a las tremendas divergencias ideológicas, culturales y religiosas que separaban a los judíos sionistas, ningún conflicto ideológico o político llevó a tal grado de violencia que pudiese acabar en una guerra fratricida. Incluso en la época otomana y durante el mandato británico, cuando las instituciones sionistas carecían de verdadera autoridad para imponerse a los judíos, no hubo riesgo nunca de que un grupo se rebelase abiertamente contra otro. Y a lo largo de los ciento veinte últimos años, pese a las fuertes discusiones internas, sólo han muerto en enfrentamientos políticos o ideológicos unos veinte judíos. Y en los cincuenta y seis años de existencia del Estado de Israel sólo han muerto tres judíos a manos de judíos (entre ellos, el difunto primer ministro Yitzhak Rabin). Y ello frente a los cientos de miles, si no millones, que han muerto en guerras civiles en el siglo XX en países como Rusia, Grecia, España, Finlandia, Camboya, etcétera.

Es cierto que a esa contención en el caso de los judíos israelíes ha contribuido el enemigo común que han representado los árabes. Sin embargo, la historia ya nos ha demostrado que no siempre un enemigo exterior impide que estalle una guerra civil. Por tanto, ese refreno y contención se fueron realmente consolidando en la memoria de los judíos durante generaciones, fruto del recuerdo traumático de la destrucción y pérdida de soberanía ligado a una cruel guerra fratricida en la Jerusalén asediada por las tropas romanas.

Así que ahora la pregunta es: ¿qué va a pasar dentro de unos meses cuando el Gobierno de Sharon empiece con su plan de retirada y con el desmantelamiento de colonias judías en Gaza, Samaria y el norte del país? ¿Seguirá vigente en la memoria el tabú de aquella guerra fratricida? ¿Acaso la violencia verbal de hoy en día acabará en verdaderos enfrentamientos que ocasionen heridos y muertos en ambos lados? Hay que recordar que estos colonos judíos -la mayoría armados- no son como los colonos franceses en la Argelia de los años 50 y principios de los 60. En este caso, la policía y el ejército israelí se enfrentarán a un grupo religioso e ideológicamente consolidado. Y Sharon, aun siendo un hombre de derechas, carece de esa autoridad política y moral que tenía De Gaulle. Y cuánto más cuando se está hablando de una retirada unilateral, sin haberse alcanzado un acuerdo con los palestinos como el que hubo entre Francia y la resistencia argelina, la cual por cierto nunca reclamó para sí el territorio de Francia, mientras que en cambio no pocos grupos palestinos siguen reclamando la anexión a Palestina del propio Estado de Israel.

Y bien, ¿cuál es mi pronóstico al respecto? He de admitir que mi pronóstico es totalmente intuitivo y no se basa en datos precisos. Mucho más cuando los informes de los *expertos* sobre el tema se contradicen entre sí. Mi sensación -y espero no equivocarme- es que a pesar de que los fuertes enfrentamientos verbales y las multitudinarias manifestaciones conducirán a un punto peligroso de confrontación, no creo que llegue a estallar una verdadera guerra, con muertos y heridos. Seguirán funcionando los mecanismos de contención instalados en la memoria histórica.

Y es que no hay que olvidar que en el siglo pasado el pueblo judío pasó por un sufrimiento sin parangón en la historia, y resulta difícil imaginar que un colono apunte su arma hacia un soldado o policía, con la intención de matarle o herirle, sabiendo que quizás ese policía o ese soldado es nieto o bisnieto de judíos exterminados en el holocausto o hermano o hijo de israelíes que han muerto en la guerras contra los árabes o en atentados terroristas.

Sin duda, la lucha por ese desmantelamiento es el inicio de la lucha por la consolidación de las fronteras de Israel y por tanto también de la identidad del Estado. Pero con todo lo importante que es esta lucha, no deja de ser un primer paso de un camino aún muy largo para ambos lados.

No pocas personas de izquierda detestan tanto a los colonos que no los consideran sus *hermanos*. Y con mucha rabia dicen: "Vosotros no nos consultasteis como hermanos si debíais asentaros en los territorios ocupados; así que no os extrañéis si no os vemos como hermanos cuando se produzca la evacuación".

No obstante, yo creo que la solidaridad personal como pueblo ha de mantenerse a cualquier precio. Los colonos son hermanos nuestros como miembros de un mismo pueblo y hemos de ser sensibles a su dolor por el desmantelamiento de unas colonias que para ellos, además de su casa, son un principio ideológico de gran significado, aunque como yo nos hayamos opuesto siempre a la creación de asentamientos. Si no queremos que estalle la violencia entre hermanos-ciudadanos y se acaben produciendo violentos enfrentamientos, debemos apostar de verdad por este paso hacia la separación unilateral, fomentar el diálogo entre las partes y mostrar empatía hacia el dolor de los colonos. Y todo ello con el fin de que esa evacuación no se recuerde como un trauma nacional tan fuerte que impida que en el futuro se sigan desmantelando asentamientos cuando llegue la paz.